

tre José Mazzoni, 33 **, acaba de publicar una circular firmada con su nombre, y que lleva tambien las firmas del primer gran maestro adjunto, J. Mussi, 33 **, del segundo gran maestro adjunto, Mariano Marresca, 33 **, del tercero gran maestro adjunto, Jorge Tamaio, 33 **, del gran canceller Mauro Macchi, 33 **, del gran orador Antonio de Wit, 30 **, (todos diputados en el parlamento); del primer secretario Luis Castellazzo, 48 **, del tesorero general, Enrique Silvagni, 48 **, y del guarda sellos mayor, Antonio Facci, 33 **.

La Francmasoneria es la aristocracia de la secta, aristocracia odiosa á la Internacional y al socialismo; pero aristocracia poderosa, que, con el apoyo de Palmerston, de Bonaparte, de Bismarck, y otros, ha consumado las demoliciones materiales y morales, que cubren el suelo de la Iglesia. Esta aristocracia es la que encadena el brazo y la voluntad de los reyes, que ha despojado el clero, y entregado á Cristo, y á su Vicario á los insultos y á los ultrajes. Ella es, la que ha organizado esta vasta conjuracion anticristiana de Europa contra los obispos; los sacerdotes, los fieles, y aun contra los protestantes de buena fe, y cuya alma tiene sed de libertad verdadera. Ducia de los tronos y de los gobiernos, ha preparado, con la ayuda de Satanás, todos los resortes de la tiranía más monstruosa.

Es, pues, urgente, que los católicos, tanto de Italia como de Europa, empleen todas sus fuerzas, sus recursos, y utilizen todos los derechos consentidos por la ley, para luchar contra el Infierno desencadenado.

No se trata, no, de conspirar en la sombra, ni de emplear contra el gobierno las armas que él emplea contra la Iglesia; sino de aprovechar todos los medios que nos proporciona la asociacion, y dirigirlos á la consecucion del objeto que indica el Santo Padre en sus discursos: *la obra*.

No debemos cansarnos de orar, es cierto; pero conviene tambien obrar. La obra, en si misma, es una oracion, oracion eficaz, que nos alcanza los divinos auxilios.

Sin entrar en los detalles acerca de la constitucion y organizacion de las sociedades católicas en Italia, podemos asegurar, que tales sociedades pudieran formar un ejército incomparablemente más numeroso y formidable, que el ejército del mal; puesto que tiene un capitán invencible, Cristo; y puede, además, contar con sus diferentes legiones, sus planes de batalla, sus fortalezas inexpugnables, y su artillería aterradora. ¿Qué aguardamos, pues?

E.

(JOURNAL DE FLORENCE, 10 de abril, 1874.)

LA SECTA ANTICRISTIANA.

(NECESIDAD DE ESTUDIARLA.)

Muchísimos suscritores *al Diario de Florencia* me han pedido con instancia, que publique en el folletín la traducción de mi obra: *Storia della setta anticristiana*. Sus razones son excelentes. Dicen, que el principal objeto que se propone el Diario, que tengo la honra de dirigir, es su polémica contra la secta anticristiana, y, por lo mismo, más que á ningún otro periódico lo corresponde poner en evidencia el programa, el objeto, la historia, y los medios de que esa secta se vale. Añaden, que esa obra sería como un prefacio, sino absolutamente necesario, á lo menos de suma utilidad á nuestros trabajos; pues explicaría á nuestros lectores toda la trascendencia de nuestros artículos, y les adheriría más y más á nuestra polémica cotidiana, que, en cierto modo, no es otra cosa que una aplicación á la política de los importantes datos, que nos ha proporcionado el estudio de los manejos sectarios.

Nada tengo que contestar á razones tan convincentes: una sola dificultad práctica, pero muy grave, se opone á la realización de ese pensamiento, y es la siguiente: una obra de dos tomos ocuparía el folletín de muchísimos números, é indudablemente perjudicaría á la variedad, que debe ser el

principal atractivo de ese género de literatura; además, tal publicación no sería del agrado de mis lectores de Italia, que, casi todos, poseen ya, la *Storia della setta anticristiana*. Reducirla, compendiarla ó resumirla, debo confesarlo, sería para mí poco menos que imposible; pues uno de los defectos de que adolece mi obra, es no haber tratado con más extension ciertas materias; pero nadie puede decir (y nadie lo ha dicho), que en mi obra haya de más un capítulo, ni una sola página. Fórmala una larga serie de hechos, desconocidos hasta el presente, ó mal conocidos, que se refieren unos á otros, y de cuyo tejido brota la verdad; quítese una sola malla á ese tejido, y se deshae.

Sumamente plerplejo me hallaba acerca de la resolución que debía tomar, cuando recibí de Francia un pequeño opusculo firmado por un nombre muy conocido, el de Mr. Maupied. He aquí el título de este opusculo: *LA SECTA ANTICRISTIANA, verdadero origen é historia verdadera de las sociedades secretas de todos los tiempos*, por M. F. L. Maupied, teólogo en el Concilio Vaticano, camarero de Su Santidad Pío IX, doctor en teología y en derecho canónico de la Universidad Romana, doctor en ciencias

de la Academia de Paris, y antiguo profesor de la Sorbona.

Apenas he hojeado algunas páginas de este opúsculo, me convencí de que el autor se había inspirado en mi obra: que había hecho más, y lo que a mí me parecía imposible; resumiría, suprimiendo tan solo una parte de ella, importante por cierto, la que se refiere a los medios de acción que la secta emplea en nuestros días para imponer a todo el mundo cristiano su yugo detestable. En el fondo, ciertamente es mi historia, compendiada hábilmente, y confirmada con la autoridad de tan ilustre teólogo. Así, pues, he escrito inmediatamente á Mr. Maupied, pidiéndole la autorización necesaria para reproducir su trabajo.

La respuesta no se ha hecho esperar: héla aquí:

» Mr. J. E. Camille,

» Ambos nos hemos propuesto el mismo objeto: defender la santa Iglesia y la sociedad, y luchar contra el infierno y las sectas. Vuestro libro me ha inspirado mi opúsculo, y de él he tomado las ideas. Por lo tanto, veré con el mayor placer la reproducción de mi opúsculo en los folletines del *Diario de Florencia*; y me tándré por dichoso, si este resumen logra inspirar deseos de leer vuestra ultimísima é importante obra, lo cual redundará en provecho de las almas.

» He hecho poner respetuosamente á los piés de Su Santidad este opúsculo, juntamente con otros dos, y de los cuales, el uno, lleva por título: *La Iglesia, ó la sociedad á la cual hay necesariamente que pertenecer para salvarse*; el otro: *LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, remedio divino contra la ignorancia y las demás enfermedades morales de los hombres y de las naciones, y su seguro refugio contra los esfuerzos destructores del infierno y de la secta*. Estos tres libros han sido publicados por la BIBLIOTECA DE TODO EL MUNDO, que dirige M. Agustín Boileux, en Tourcoing (Norte). El Santo Padre se ha dignado recibir con agrado mi homenaje, según consta de la carta adjunta, que he recibido de Roma, fecha 17 de febrero. firmada por Monseñor Carlos Nocella, se-

cretario de Su Santidad para las cartas latinas (1).

» Nuestro Señor el Papa Pío IX ha recibido con el mayor agrado el homenaje, que le habeis enviado junto con la expresión de vuestro profundo respeto. Los títulos de los opúsculos que le habeis transmitido, han bastado para probar á Su Santidad vuestro celo en defender la verdad, y en prevenir á los fieles contra la seducción de esos hombres, que dedicanse á propagar doctrinas detestables é inicuas, luchan con una perfidia, que nunca se cansa, contra la Iglesia y la Sede Apóstolica. El Santo Padre, muy regocijado, os felicita por vuestra buena voluntad tan digna de elogio, y desea vivamente que vuestras publicaciones, que se lesionan poder leer por sí mismo, muy en breve, produzcan frutos abundantes entre ese pueblo que, por lo mismo que los impíos procuran de continuo corromperle en la inteligencia y en el corazón, necesita más de este género de caridad sacerdotal, y de alimentarse de la palabra de verdad. Nuestro Santo Padre y señor implora en vuestro favor el auxilio constante de las gracias del cielo, para que podais proseguir cada vez con un resultado más lisonjero la obra á la que os habeis consagrado para el bien del prójimo. Con estos deseos y sentimientos os envía, con paternal afecto, la bendición apostólica.»

» Esta carta nos demuestra la importancia que Su Santidad atribuye á los opúsculos citados, y á la enseñanza que contienen. Ahora bien; como el segundo opúsculo, que lleva por título: *la secta anticristiana*, contiene toda la doctrina de vuestra obra: *Storia della setta anticristiana*, y la confirma, creo secundar los deseos del Vicario de Jesucristo, no solo autorizandoos para reproducir mi trabajo, sino tambien llamando la atención pública sobre la exposición muchísimo más completa que habeis hecho de esa misma doctrina.

(1) Véase el opúsculo íntegro de Monseñor Maupied, á que se refiere este artículo, en la página 330 de este libro.

» Recibid, caballero, la seguridad de mi sincera simpatía y de mis sentimientos respetuosamente afectuosos:»

» Vuestro humilde servidor,
D. MAURICE,
camarero de Su Santidad.»

» Lamballe (Costa del Norte), 7 de marzo, 1874.»

El trabajo más visible de la Providencia en nuestros días es, reducir los hombres á sus últimas trincheras, y obligarles á confesarse culpables; á pronunciar ellos mismos, y en el uso de la plenitud de su libre arbitrio, su propia sentencia de vida ó muerte. Después de haberme conducido por tortuosos senderos, á ocuparme de la secta, y á concluir una obra, que se halla enteramente fuera de los límites de mis habituales estudios, sucita en Lamballe (costas del Norte) un dignísimo y respetabilísimo eclesiástico, que vulgariza mis revelaciones. Las sugerencias, pues, con que Satanás se complacia en mantener la indolencia de los cristianos, van cayendo una tras otra. Decíase, ora, que era excesivo el precio de mi obra; ora, que exigía mucho tiempo para ser leída. Pues, bien! un resumen perfectísimo de esa obra se da por nada á los lectores del *Journal de Florence*, y podrán leerlo con muy poco tiempo. Además, cualquiera podrá adquirir ese resumen, y los dos otros opúsculos del mismo autor, que acabo de leer, y cuya importancia es infinitamente superior á su volumen, por el precio de algunos centésimos, dirigiéndose al director de la *Biblioteca para todos* en Tourcoing. Por lo tanto, no hay ya excusas ni pretextos para negarse á conocer la verdad.

Por mi parte, para la tranquilidad de mi conciencia, y no tener nada que echarme en cara en punto á la caridad, réstame tan solo rogar y suplicar á mis hermanos en Jesucristo, que lean con atención el trabajo de monseñor Maupied, y se ocupen seriamente de la secta. Es el último grito de alarma que yo doy, grito harto justificado, puesto que responde al grito del angustoso cautivo del Vaticano.

No hay, no, que esperar salvación para la sociedad, en tanto que á esta cuestión de la secta no se le dé la importancia que

se merece: todas las cuestiones políticas y sociales que se agitan á nuestro alrededor, están subordinadas á aquella. El órden cristiano no se restablecerá sino cuando el campo de Cristo se haya resucitamente separado del campo del Anticristo. En la hora presente, estos campos están confundidos: los unos destruyen el paso á los otros; y conscientes, ó inconscientes, son muchos los cristianos que caminan vuelta la espalda al faro de la Iglesia.

La masa de las personas buenas ofrece un espectáculo extraño: son viajeros, que á media noche y sin precaucion alguna atraviesan un desierto, para procurarse el triste placer de acompañarse con una partida de asesinos. Estos, favorecidos por las tinieblas, puñal en mano, bieren, magullan, matan; y las victimas, anhelantes y espirando, claman: «Señor, Señor, socórrenos!»

Empero, Dios niega el socorro á unos hombres, que se mezclan y confunden con una banda de asesinos, cuando ellos no están resucitamente decididos á separarse de sus compañeros de viaje; cuando hacen gala de hablar el lenguaje de los asesinos, de participar de sus principios, de imitar sus costumbres, y, ciegos, se obstinan en creer, que el camino que han emprendido es el del progreso; que los hombres con quienes se acompañan, poseen la luz verdadera; y que el espíritu del siglo exige, que no se separen de ellos, y que marchen por el mismo camino.

Es preciso conocer á esos hombres; es preciso examinar á donde conduce ese camino nuevo, que ellos han abierto, y por el cual están empeñados que marche el género humano; es preciso abandonar ese camino, y separarse de esos hombres: esta es una condicion necesaria para la regeneracion social. Cuando los fieles hayan establecido un campo, más ó ménos vasto, pero atrincherado con su fe, y nada tengan de comun con la secta, Dios sabrá donde derramar sus misericordias, ó hacer brillar los prodigios de la gracia. Dios tiene siempre llenas las manos de beneficios; empero, es indispensable estar dispuestos á recibirlos.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(JOURNAL DE FLORENCE, 25 de marzo, 1874.)